

EL CRISTIANO JOAN MARAGALL: TRES ARTÍCULOS SOBRE LA SEMANA TRÁGICA

POR

HILARI RAGUER I SUÑER

Doctor en Derecho e Historiador

RESUMEN

Entre el 19 y el 25 de julio de 1909 estalló en Barcelona un movimiento popular de protesta contra la movilización de reservistas enviados a Marruecos. La subversión revistió un carácter marcadamente anticlerical, con muchos incendios de iglesias y conventos y tres sacerdotes asesinados. Joan Maragall escribió tres artículos disintiendo de la dura represión del gobierno, respaldado por la opinión general. En un primer artículo Maragall acusaba a la burguesía catalana de falta de amor a los pobres. En el segundo pedía que no se aplicaran más penas de muerte, pero no se lo publicaron. En el tercero y más famoso explicaba su experiencia de una misa celebrada en una iglesia quemada por los revolucionarios, en la que vio lo que debería ser la Iglesia, libre de la protección del estado y de los ricos, y la misa en la lengua del pueblo. Este artículo causó gran escándalo entre la burguesía de Barcelona.

PALABRAS CLAVE: Joan Maragall, Semana Trágica, Anticlericalismo, Pena de muerte, Torras i Bages, Ferrer y Guardia, Antonio Maura, Josep Pla, Prat de la Riba

RESUM

Entre el 19 i el 25 juliol 1909 va esclatar a Barcelona un moviment popular de protesta contra la mobilització de reservistes enviats al Marroc. La subversió revestí un caràcter marcadament anticlerical, amb molts incendis d'esglésies i convents i tres sacerdots assassinats. Joan Maragall va escriure tres articles dissentint de la dura repressió del govern, recolzat per l'opinió general. En un primer article Maragall acusava a la burgesia catalana de manca d'amor als pobres. En el segon demanava que no s'aplicaran més penes de mort, però no l'hi van publicar. En el tercer i més famós explicava la seva experiència d'una missa celebrada en una església cremada pels revolucionaris, en la qual va veure el que hauria de ser l'Església, lliure de la protecció de l'estat i dels rics, i la missa en la llengua del poble. Aquest article va causar gran escàndol entre la burgesia de Barcelona.

PARAULES CLAU: Joan Maragall, Setmana Tràgica, anticlericalisme, Pena de mort, Torras i Bages, Ferrer i Guàrdia, Antoni Maura, Josep Pla, Prat de la Riba

MARAGALL JOAN, THE CHRISTIAN: THREE ARTICLES ON THE TRAGIC WEEK

ABSTRACT

Between 19 and 25 July 1909 in Barcelona blew a popular movement of protest against the mobilization of reservists sent to Morocco. The subversion coated a distinctly anticlerical, with many churches and convents burned and were killed three priests. Joan Maragall wrote three articles **disagreeing from the harsh crackdown** of the government, backed by the general opinion. In first article Maragall censured the Catalan bourgeoisie by his little love for the poor. In the second asked that no longer apply the death penalty, but not published it. In the third and most famous explained his experience of a Mass celebrated in a church burned by the revolutionaries, which was what the Church should be, free of state protection and of the rich, and celebrated in the language of people. This article shocked the bourgeoisie.

KEY WORDS: Joan Maragall, Semana Trágica, Anticlericalism, Death Penalty, Torras i Bages, Ferrer y Guardia, Antonio Maura, Josep Pla, Prat de la Riba

Recibido/Received 03-05-2011

Aceptado/Accepted 15-06-2012

El 2009 se cumplió el centenario de los sucesos acaecidos en Barcelona del 19 al 25 de julio de 1909, conocidos como «la Semana Trágica», y con tal motivo se publicaron libros y artículos y se organizaron conferencias, e incluso un congreso, cuyas actas ya se han publicado.¹ Y en este año 2011 se cumplirá, el 20 de diciembre, el centenario de la muerte de Joan Maragall, por lo que las instancias culturales de Cataluña lo han declarado el «año Maragall».

¹ Martínez Fiol, D. 2009. *La Setmana Tràgica, explicada per* – Barcelona: Pòrtic; Moliner Prada, A. (ed.) 2009. *La semana trágica de Cataluña*: Alella: Nabra; Raguer i Suñer, H.: 2009. *La Setmana Tràgica: tres articles de Joan Maragall*: Barcelona: Claret; Domínguez Álvarez, A. 2009. *La Setmana Tràgica de Barcelona, 1909*: Valls: Cossetània; Moreta, I. 2009. *La setmana trágica: tres articles*: Barcelona: Fragmenta; Corts Blay, R. 2009. *La Setmana Tràgica de 1909: l'Arxiu Secret del Vaticà*: Publicacions de l'Abadia de Montserrat; Termes, J. (ed.) 2010. *Els fets de la Setmana Tràgica (1909): actes de les jornades organitzades pel CHHC, 28 i 29 de maig de 2009*: Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament de Vicepresidència.

Uno de los aspectos más sobresalientes de la Semana Trágica fue el carácter anticlerical que revistió. Con razón el mejor estudio de aquellas jornadas, aún no superado, el grueso volumen de la historiadora norteamericana Joan Connelly Ullman *La Semana Trágica*, lleva el subtítulo de *Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España*.²

Poco después de los acontecimientos, Joan Maragall les dedicó tres artículos periodísticos que, sin temor a caer en un tópico demasiado socorrido, hay que calificar de proféticos. El primero pasó bastante desapercibido, el segundo no se lo dejaron publicar y el tercero, «*La iglesia cremada*», causó escándalo. Sólo medio siglo más tarde Josep Benet i Morell llamó la atención sobre ellos con su libro *Maragall i la Setmana Tràgica*,³ editado en 1963, en pleno Concilio Vaticano II y reeditado numerosas veces, la última en 2009, el año del centenario de aquellas jornadas. En el mismo año 2009 se publicaron varios estudios sobre la Semana Trágica y sobre los tres artículos de Maragall. Entre ellos, la Editorial Claret reeditó el texto íntegro de los tres artículos, precedidos de una presentación del P. Pere Codina y seguidos de una contextualización histórica mía.⁴

No pretendo acometer, en el breve espacio de esta charla, un estudio histórico completo de la Semana Trágica. Me centraré en «el cristiano Joan Maragall», o sea su reflexión cristiana, tal como se manifiesta aquellos tres artículos. Pero será precisa una breve introducción sobre el contexto histórico de aquellos acontecimientos.

LA SEMANA TRÁGICA

Si en el conjunto de España el 1898 es el símbolo de la decadencia, en Cataluña el cambio de siglo, del XIX al XX, es una época de plenitud: industrial, demográfica, política, nacionalista, cultural y religiosa. i Vives describe así los nuevos aires:

«(Con el catalanismo) entraron en Cataluña el impresionismo, la música de Wagner, los dramas de Ibsen, la filosofía de Nietzsche, la estética modernista, el deseo de los teléfonos y de las buenas carreteras, la necesidad de los museos y de las universidades, el ambiente de París, de Londres y de Berlín, una ciencia que se llamaba economía y usaba la estadística, el deseo de ser sinceros y reales, del encuentro en la polémica tolerante que

² Ullmann, J. C. 1968. *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*: Barcelona: Ariel.

³ Benet, J. 1963. *Maragall i la Setmana Tràgica*: Barcelona Institut d'Estudis Catalans. Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica, vol. XXIII.

⁴ Ragner, H. 2009.

impulsa por los caminos del progreso. Y esto permitió marchar, en un mismo galope, a aristócratas y catalanistas, a burgueses y anarquistas, en una de las arrancadas más sensacionales y admirables de la historia de Cataluña».⁵

Pero por debajo de aquella brillante *Renaixença* latía una gran crisis social. En el retrato entusiasta de la sociedad catalana que hacía *Vicens i Vives*, lo más discutible es la afirmación de que burgueses y anarquistas marchaban juntos. Las bombas del Liceo y otros atentados anarquistas lo desmienten.

La industrialización trajo un gran progreso económico, pero engendró, como un subproducto, el proletariado. Pío XI dijo que el gran escándalo del siglo XIX había sido la apostasía del mundo obrero, pero en realidad el proletariado no apostató, porque nació al margen de la Iglesia y en su inmensa mayoría no había sido evangelizado. El obispo de Barcelona Joan Laguarda, nombrado poco después de la Semana Trágica, reconocía el pecado de omisión: «Esta es la verdad, hemos hecho muy poco en el orden económico por nuestros obreros». Aquel galope interclasista que cantaba líricamente *Vicens i Vives* se desintegraría a raíz de la Semana Trágica, que movió a los burgueses a poner, por encima de su catalanismo, el miedo a la revolución.

La crisis, pues, se cocía desde hacía tiempo, pero el estallido de julio de 1909 sorprendió a todo el mundo por su amplitud y por la violencia. Me viene a la mente la sorpresa universal ante las revoluciones que en estos momentos agitan el norte de África, porque la chispa de la Semana Trágica saltó precisamente en Marruecos. Unos indígenas habían atacado a los trabajadores del ferrocarril que transportaba los fosfatos de las minas del Rif, y dos ferroviarios habían muerto. En respuesta, el 9 de julio se emprendió una operación de policía militar que no sofocó las actividades de los rifeños sino que desencadenó una guerra generalizada. El ejército español, mal preparado, fracasaba y el general Linares, ministro de la Guerra del gobierno de Antonio Maura, movilizó un cuerpo expedicionario de 40.000 hombres, en su mayoría reservistas casados y con hijos. Buena parte de ellos eran catalanes. El 11 de julio empezaron a embarcarlos en Barcelona hacia Marruecos. Eran pobres, que no habían podido pagar la «cuota» con la que los ricos se libraban del servicio militar.

Esto sucedía en un contexto de movimiento obrero poco organizado, endurecimiento patronal, descontento creciente de la pequeña burguesía y crisis del aparato estatal anacrónico y oligárquico. En los días siguientes se produjeron manifestaciones espontáneas contra aquella guerra, que no era defensa de la patria sino de los negocios de los explotadores de las minas. En un clima de irritación popular creciente y, de un modo totalmente espontáneo, como en muchas

⁵ *Vicens i Vives*, J. – Llorens, M.: 1958: *Industrials i polítics del segle XX*: 295 Barcelona: Teide.

otras ocasiones históricas en Barcelona, se multiplicaron los incidentes en el puerto y también en otras partes de la ciudad, protagonizados por las madres y esposas de los reservistas movilizados.

En cambio las señoras de la burguesía, aquella burguesía piadosa que con tanto realismo retrataría Maragall en sus artículos, distribuían medallas y rosarios a los pobres soldados que iban a morir en Marruecos en defensa de los intereses de los ricos. Esta religiosidad postiza contribuyó a añadir a la protesta antimilitarista una sobrecarga anticlerical.

Al ver la fuerza del movimiento, algunos partidos (PSOE, Partido Radical, Partido Nacionalista Republicano), así como la prensa izquierdista, intentaron capitalizarlo *a posteriori*. El ambiente se radicalizó y menudearon los choques con la policía. Era gobernador civil Ángel Ossorio y Gallardo, persona bien intencionada y uno de los más notables precursores de la democracia cristiana en España. Después de la insurrección del 6 de octubre de 1934 fue el defensor de Companys, y durante la guerra civil estuvo decididamente del lado de la República.

El Gobernador Civil que se vio completamente superado. El 26 de julio las fuerzas obreras convocaron una huelga general contra la guerra, y aquel día se desató la mayor violencia, hasta el punto que el comité de huelga se vio desbordado y los partidos políticos que habían querido encauzar la protesta para aprovecharla no se atrevieron a asumir su dirección.

El pueblo era dueño de la calle y la ciudad se llenó de barricadas, pero, a falta de dirección y organización, la revolución degeneró en un caos. Sin una orientación política definida, los elementos más radicales la derivaron hacia la quema de conventos y de iglesias. Aquellos días se destruyeron ochenta edificios religiosos, es decir, la mitad de los que tenía entonces Barcelona, y tres sacerdotes fueron asesinados. Se desenterraron cadáveres de algunos conventos de clausura y los pasearon por la ciudad, en un espectáculo macabro y morboso.

Pero el movimiento contra la guerra no encontró apoyo en el resto de España. El ministro de Gobernación, Juan de la Cierva, confesaría que para impedir la propagación de la protesta había dejado creer que se trataba de un movimiento separatista. La desorganización de los revoltosos hizo que no pudieran resistir al ejército regular. El 30 la tropa dominaba los últimos reductos y el 2 de agosto la normalidad era completa.

El balance total fue de 3 muertos y 27 heridos entre las fuerzas del orden, y entre 75 y 100 muertos, con centenares de heridos, entre la población civil.

Aquel mismo 2 de agosto, mientras los obreros volvían a las fábricas, la jurisdicción militar dio comienzo a la dura represión. Se perseguían dos géneros de delitos, sujetos a jurisdicciones distintas. Habían incurrido en rebelión militar

o sedición, y quedaban sometidos a la jurisdicción castrense, los que habían hecho fuego contra la policía o el ejército, y también los que habían empuñado armas o, simplemente, habían levantado barricadas. En cambio los acusados sólo de incendios y saqueos, como era el caso de la mayoría de los detenidos, pasaban a los tribunales penales ordinarios, que eran menos expeditivos y más benignos, aunque sólo fuera porque eran más lentos y el tiempo aplacaba la sed de venganza.

El gobierno de Maura quiso que la represión fuera dura, para que sirviera de escarmiento. Ossorio y Gallardo fue destituido ignominiosamente, sin ni siquiera la cortesía convencional de agradecerle los servicios prestados, y se dieron severas instrucciones al nuevo gobernador, Evaristo Crespo, un indocumentado, total desconocedor de la compleja realidad catalana y barcelonesa, sin más mérito que el de ser amigo íntimo de de la Cierva. Hasta Cambó, siempre defensor del orden, se alarmó ante el cariz que la represión tomaba, y comentó que se aplicaba a la rebelión ya solucionada la energía que faltó durante la semana de los alborotos.

Pero la burguesía ciudadana, espantada por lo ocurrido, apoyó decididamente la dura represión. Se suspendieron los periódicos de izquierdas y se clausuraron más de 150 centros culturales obreros y escuelas laicas. Los procesados por ambas jurisdicciones fueron casi dos mil, y la militar pronunció 17 penas de muerte, de las que sólo 5 se ejecutaron; las demás se conmutaron por prisión perpetua. Uno de los ejecutados fue Clemente García, un deficiente mental, carbonero, que había bailado con una de las momias de monjas jerónimas desenterradas: sería el suceso más emblemático de la Semana Trágica. De suyo, bailar con un cadáver no está tipificado como delito, y formalmente la pena capital se le aplicó por haber colaborado en la construcción de una barricada, pero los jueces seguramente estaban influidos por la danza macabra. Con razón el reo, cuando le leyeron la sentencia, dijo entre sollozos que otros habían hecho cosas peores y no los fusilaban.

Mucha más repercusión tendría el fusilamiento de Francisco Ferrer y Guardia, el maestro creador de la Escuela Moderna, en quien las autoridades quisieron concentrar la ejemplaridad de la represión y lo condenaron a muerte como «autor y jefe de la rebelión». No se le demostró la responsabilidad directa en los desmanes de aquella semana, pero se estimó que con su Escuela Moderna había fomentado el odio a las escuelas de la Iglesia y había contribuido a crear el clima revolucionario. La gran campaña internacional de protesta contra su ejecución ocasionó la caída del gobierno conservador de Antonio Maura y la toma del poder por los liberales.

La represión tendría consecuencias muy negativas para la política española. La historiadora Joan Connelly Ullman empezaba así la introducción a su extenso estudio sobre la Semana Trágica:

«Contemplados desde nuestra perspectiva actual, los hechos del 1909 y sus consecuencias, pueden considerarse como el desenlace del intento de renovar, a través de procedimientos parlamentarios, la monarquía constitucional forjada por Cánovas».⁶

Era el fracaso de la Restauración. El guiñol de la pseudodemocracia se derrumbaba. Siete años antes, Joaquín Costa, en su denuncia del caciquismo imperante, ya había dicho sin tapujos: «Farsa el sufragio, farsa el gobierno, farsa el parlamento, falsa la libertad, falsa la Patria».⁷

LOS TRES ARTÍCULOS DE MARAGALL

Este es el contexto histórico en el que Maragall escribió sus tres artículos. Desde aquellos trágicos días de julio, se había mantenido públicamente en silencio. Sólo en algunas cartas privadas a los amigos más íntimos había adelantado algunos comentarios. Como muy bien ha documentado Josep Benet, que pudo examinar a fondo el archivo de la familia Maragall, éste tuvo desde el principio criterio bien formado sobre los sucesos revolucionarios y también sobre la represión que siguió, pero dudaba en hacer pública su opinión, porque palpaba la mentalidad dominante, tan distinta de la suya.

Es especialmente reveladora su correspondencia con el obispo Josep Torras i Bages, el gran mentor del catalanismo católico, moderado y conservador. En las cartas que después de la Semana Trágica se cruzan, se exhortan mutuamente a expresar en la prensa su opinión. El prelado y el poeta tenían estrecha amistad y gran respeto, pero Torras i Bages no se imaginaba que Maragall pensara de un modo tan distinto del suyo. Con todo mi respeto, que es incluso veneración, por el obispo de Vic, me duele verlo tan compenetrado con la severa actitud de la burguesía catalana.

Apenas dos semanas después de los sucesos, Torras i Bages publicó una carta pastoral, titulada «*La glòria del martiri (Després de la persecució de juliol de 1909)*», en la que calificaba lo sucedido de «insurrección contra Dios» y «espectáculo diabólico, eco de la rebelión primitiva de los ángeles y de los

⁶ Ullmann, J. C. 1968: 13.

⁷ Costa, J. 1902. *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*: 19. Madrid: Hijos de M. G. Hernández.

hombres contra su Creador y Señor». Rechazaba vehementemente la acusación de inconsciencia social que se pudiera dirigir contra la Iglesia:

«No ha sido aquella explosión de odio una manifestación de antagonismo del trabajo contra el capital, ni de un sistema político contra otro, a quien se acusa de tener la protección de la Iglesia; la persecución ha manifestado que lo que pretendía era borrar el Nombre de Dios de la sociedad humana, como los masones que gobiernan Francia lo borran de todos los libros de las escuelas de niños y niñas de aquella nación».⁸

Ante tales palabras, no puedo menos de recordar otras muy parecidas de la carta colectiva de los obispos españoles veintiocho años más tarde, en plena guerra civil, redactada por otro catalán, el cardenal Gomá:

«Se dice que esta guerra es de clases y que la Iglesia se ha puesto del lado de los ricos. Quienes conocen sus causas y naturaleza saben que no. Que aun reconociendo algún descuido en el cumplimiento de los deberes de justicia y caridad que la Iglesia ha sido la primera en urgir, las clases trabajadoras estaban fuertemente protegidas por la ley, y la nación había entrado por el franco camino de una mejor distribución de la riqueza. La lucha de clases es más virulenta en otros países que en España [...]. Ni pueden echarse en olvido nuestra avanzada legislación social y nuestras prósperas instituciones de beneficencia y asistencia pública y privada, de abolengo español y cristianísimo. El pueblo fue engañado con promesas irrealizables, incompatibles no sólo con la vida económica del país, sino con cualquier clase de vida económica organizada».⁹

Muy distinto del de Torras i Bages será el juicio de Joan Maragall. Veremos, a propósito del artículo «*Ah! Barcelona*», cómo rechaza delicadamente la tesis del obispo de Vic. Tan distinto, que podría parecer que el obispo es realista, mientras que el poeta es un soñador idealista. Tal parece ser la opinión de Josep Pla. Pla nos ha dejado, en sus *Homenots*, vigorosas semblanzas de muchas personas, pero cuando habla de la religiosidad de Maragall me atrevería a decir que se deja llevar de su agnosticismo y de su conservadurismo.

Sobre el *Cant espiritual* de Maragall, Pla hace suyas las palabras de Josep Pijoan: «Es una poesía magnífica, pero es un poema confuso y confusionario [...], es un poema que personalmente no he llegado a descifrar». Pla dedicó un extenso ensayo biográfico a Pijoan, que era inteligente y culto y fue uno de los principales colaboradores de Eugeni d'Ors cuando éste dirigía la política cultural de la Mancomunitat de Prat de la Ribera. Pijoan había tratado mucho a

⁸ Carta pastoral datada el 18 de agosto de 1909, o sea apenas dos semanas después de los sucesos. Torras i Bages J. 1988. *Obres completes*: 480-508. Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

⁹ La Carta Colectiva de 1 de julio de 1937 puede verse íntegra en el apéndice documental de Montero Moreno, A. 1961. *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*: 726-741. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos., o en Gomá I.1940. *Por Dios y por España*, 557-590. Barcelona: Casulleras.

Maragall. Pla comparte y transmite entre comillas, por lo tanto con pretensión de literalidad, la opinión de Pijoan sobre Maragall. Citaré un párrafo, importante para nuestro tema, según el cual Maragall se desentendía de los problemas prácticos y era un puro idealista, muy lejos del talante crematístico generalmente considerado propio de los catalanes. Traduzco:

Para él la cuestión económica no existió nunca, y no recuerdo que en ningún momento le hubiera oído hablar de ella, ni en el terreno particular y personal ni en el general. Maragall fue un rentista, en la acepción más exacta de la palabra. Ya lo estableceremos más adelante. No tuvo, a este respecto, ninguna dificultad, pero es extremadamente curioso que en un país en el que la cuestión económica ocupa tanta parte de la vida humana, estuviera tan absolutamente al margen de ella. No sólo no le oí nunca hablar de dinero, por decirlo de algún modo, sino que siempre que yo, o alguien más le habló de él le vimos evitar la cuestión, como si tuviera la sensación de una terrible pérdida de tiempo, pero sin hacer el menor aspavento, ni ninguna crítica, ni la más leve ironía, con una perfecta habitualidad. No tuvo la menor sensibilidad para las cuestiones económicas. Le habrían propuesto el mejor negocio del mundo, el más seguro, el más sólido, y ni siquiera habría querido hablar de él. De todo este mundo, se consideraba desvinculado, ausente era cosa de los demás. No se le habría ocurrido nunca pensar que sus libros se podían vender y que podían producir dinero. Le gustaba que sus libros se leyeran. Si sus artículos en el *Brusi*,¹⁰ y más tarde en otros diarios, tenían alguna repercusión social, estaba satisfecho. Ahora bien: que lo que escribía le pudiera dar dinero, lo consideraba absolutamente fuera de su habitualidad. En su vida estrictamente familiar, tampoco quiso nunca ocuparse de estas cosas. Fue Clara Noble de Maragall [su esposa] la que se ocupó de estas realidades. En este sentido se puede decir, porque es exacto, que la familia Maragall vivió a base de un matriarcado. El poeta daba el dinero de su renta a su señora y no quiso hablar de él más que cuando lo necesitó.

Si el retrato de Pijoan, asumido por Pla, fuera acertado, la posición que Maragall adoptó en sus tres artículos sería una divagación utópica y, lo que es peor, una irresponsabilidad ante hechos de tanta gravedad social. Pero tenemos serias razones para juzgarlo desacertado. Hay un episodio en la vida de Joan Maragall que, aunque sea puntual, nos lo hace ver de otro modo. Su padre, Josep Maragall, había emprendido algunas operaciones relacionadas con su empresa textil: unas patentes inglesas que parecían muy prometedoras. Había hecho tratos con unos empresarios jóvenes, inteligentes y honrados, pero faltos de experiencia y de capital, y Maragall padre tenía que aportar una y otra vez más fondos, para los que él y sus socios tenían que recurrir a préstamos y descuentos de letras. Maurici Serrahima, un gran intelectual católico y escritor notable, pero también prestigioso abogado, publicó un fino estudio sobre Maragall un poco antes de aquella biografía de Pla con la extensa cita de Pijoan. Cuenta Serrahima:

¹⁰ Denominación popular del *Diario de Barcelona*.

Un día [Maragall padre] se encontró con que la empresa estaba al borde de la suspensión de pagos y que había embarcado en ella, sin ninguna garantía, la mitad de su fortuna. Ante la situación crítica, el señor Josep Maragall se tambaleó. Le aterró ver que, sesentón, había sido lo bastante imprudente para jugarse el pan de la mujer y de los hijos; a la vez vio derrumbarse la confianza que tenía puesta en su propia experiencia de industrial juicioso; se vio desacreditado y se sintió abatido, desolado, perdido. Y se desmoralizó. No se vio con ánimo de emprender la dura batalla que hacía falta para tratar de salvar la empresa y el dinero que la empresa le debía. Y el hijo [Joan] tuvo que ver como su padre, que para él era la personificación de la prudencia y de la fortaleza, se le quedaba inmóvil, sentado en una butaca, con la mirada fija y las lágrimas en los ojos.

Y entonces Maragall hijo acometió lo que Pijoan y Pla aseguran que no era capaz de hacer:

Entonces el hijo reaccionó. Él, que no había sido capaz ni de intentar el ejercicio de la carrera [de Derecho] que había estudiado, se lanzó sin reserva a un combate que habría sido duro y difícil hasta para un abogado bregado. Vivió unos meses febriles de estudio de papeles y entrevistas diarias con acreedores y letrados, con los que llevaban el negocio y con los ingleses de las patentes, con gente bien intencionada y con los que buscaban aprovechar la ocasión. Y venció. Los acreedores se convertían en socios y el señor Josep Maragall, reanimado y lleno de esperanzas, pasaba a ser socio mayoritario. Y entonces quiso que el hijo, que había salvado la situación, tomara la dirección de la empresa. Pero a la hora de precisar los términos, diríamos, mercantiles del convenio, su hijo ya se había escabullido.¹¹

No se puede, pues, decir, que no se interesara por los asuntos económicos, y que no fuera apto para llevarlos. Sus tres artículos no son divagaciones o ensañaciones, sino que tienen muy presente la vida real del país y de su gente.

Es importante tener presente la cronología de los tres artículos de Maragall. Aquí seguiré la reconstrucción del proceso de su redacción y de su publicación que hizo Josep Benet.¹²

El primer artículo, titulado *Ah, Barcelona!*, lo empezó a escribir el 28 de septiembre, pero no se publicó hasta el 1º de octubre. El segundo, *La ciutat del perdó*, exhortando a no aplicar más penas de muerte, lo escribió en octubre, pero no se publicó porque Prat de la Riba, director de *La Veu de Catalunya*, no lo permitió. El tercero y más famoso, «*La iglésia cremada*»,¹³ escrito en noviembre, no apareció en *La Veu de Catalunya* hasta el 18 de diciembre del mismo 1909, tras un laborioso proceso de revisión y negociaciones. Aunque es el último de los tres, en él explica Maragall su experiencia de una misa celebrada en

¹¹ Serrahima, M. 1966. *Vida i obra de Joan Maragall* Barcelona: Bruguera.

¹² Benet J. 1963.

¹³ Respetamos, en este título y en los textos más abajo transcritos de Maragall, su ortografía catalana aun no normalizada.

una iglesia quemada, que fue el desencadenante de los dos anteriores. Por esto empezaremos por este tercer artículo.

Había empezado a escribir «*La iglesia cremada*» el 17 de noviembre, y el 20 ya lo había acabado. Seguramente habría sufrido el mismo destino que el rechazado «*La ciutat del perdó*» y habría quedado inédito sin la intervención de dos sacerdotes beneméritos. Uno era Frederic Clascar (1873-1919), liturgista, biblista y escritor, miembro fundador del Institut d'Estudis Catalans, consiliario de la Lliga Espiritual de la Mare de Déu de Montserrat, traductor de la Biblia al catalán y redactor y censor oficioso de *La Veu de Catalunya*. El otro era el jesuita Ignasi Casanovas (1872-1936), historiador y apologeta, colaborador del Foment de Pietat Catalana, fundador de la Biblioteca Balmes que después se desarrolló en la Balmesiana, el mayor especialista en Jaime Balmes. Defendió la lengua y la cultura catalanas durante la Dictadura de Primo de Rivera ante el nuncio Tedeschini y ante el general de la Compañía de Jesús P. Wlodomiro Ledokowski. Inició en la investigación histórica al P. Miquel Batllori. Sería asesinado en 1936.

Maragall, pues, mostró «*La iglesia cremada*» a Clascar. Éste, según después comunicó a Maragall, estimó que el asunto era demasiado delicado para responsabilizarse él solo de su publicación y lo sometió al P. Ignasi Casanovas, el cual —escribía Clascar a Maragall— «lo ha acabado de ajustar». Seguía diciendo Clascar que el artículo «a ratos tiene un cierto resabio reformador, pero me parece que el conjunto deshace aquel mal efecto que en algunos escrupulosos pudiera producir». Lo de «reformador», en la carta de Clascar, significaba protestante, por la reivindicación de la liturgia en la lengua del pueblo.

Más abajo Clascar lo explicita: «Como usted verá, he quitado lo que decía del latín, porque es una afirmación que han usado mucho los protestantes y ahora los modernistas. No vale la pena». Los retoques de Clascar y Casanovas no obedecían a discrepancia en cuanto al pensamiento, sino a una prudencia táctica: «He hecho sacar pruebas ya corregidas —continúa Clascar— para que usted se lo mire. Perdona la libertad que me he tomado. El efecto que usted quiere producir, será el mismo ahora que antes, y en cambio no creo que ahora puedan decir nada ‘oficialmente’». Y, temiendo que Maragall no aceptara las modificaciones, o que a pesar de ellas Prat de la Riba lo vetara, añadía: «Sentiría mucho que no se publicara».

Maragall recibió las galeradas del artículo revisado el 3 de diciembre. Aquel día anotó en su diario: «Pruebas de *Iglesia cremada* y visita a Mossèn Clascar». No sabemos que decidieron en aquella conversación, y si se elevó el caso a la dirección del periódico, pero el hecho de que no saliera publicado hasta la edición vespertina de *La Veu de Catalunya* del 18 de diciembre (la edición matutina del 19 lo repetía) lleva a pensar que Prat de la Riba, que ya había rechazado el artículo *La ciutat del perdó*, tampoco acababa de estar de acuerdo, a

pesar de los retoques, con «*La iglesia cremada*». Tampoco el autor quedó satisfecho de la redacción definitiva, porque el mismo día 18 escribe en su diario: «Publicación de *La iglesia cremada* (bastante deformado)».

«LA IGLÉSIA CREMADA»

Pero veamos ya qué decía el artículo, con la descripción de la misa celebrada un domingo después de la Semana Trágica, en una iglesia incendiada y medio derruida. Y les sugiero que al releer lo escrito el 1909 se lo imaginen dicho el 1939. Empieza así (traduzco):

«Yo nunca había oído una Misa como aquella. La bóveda de la iglesia resquebrajada, las paredes ahumadas y agrietadas, los altares destruidos, ausentes, sobre todo aquel gran hueco negro al fondo, donde estuvo el altar mayor, la solera invisible debajo del polvo de los escombros, ningún banco para sentarse, y todos de pie o arrodillados de cara a una mesa de madera con un crucifijo encima, y un torrente de sol que entraba por la grieta de la bóveda, con una nube de moscas danzando en la luz cruda que iluminaba toda la iglesia y hacía parecer que oíamos la Misa en medio de la calle. El sol caía de lleno en la mesa de madera donde el pobre cura, pobremente ornamentado, celebraba, mientras en el coro, sin baranda, cantaban los demás, arrimados a la pared para no caer hacia delante...»

En este escenario miserable, contempla la acción sagrada desprovista de toda pompa, inerte, sin la protección de los poderes políticos, que no han sido capaces de impedir los desmanes de aquella semana loca. Y es entonces cuando cree entender de veras qué es la misa, y por eso repite:

«Yo nunca había oído una Misa como aquella. El Sacrificio estaba allí presente, vivo y sangrando, como si Cristo volviera a morir por los hombres, dejando otra vez su Cuerpo y su Sangre en el Pan y en el Vino. El Pan y el Vino parecían recién hechos: la Hostia parecía palpitar, y el Vino, al vaciarse en el cáliz, a la luz del sol, parecía sangre que chorreaba... Yo nunca había oído una Misa como aquella».

Hacía siglos que, en la catequesis católica, de la misa se inculcaba sobre todo el precepto dominical, bajo pena de pecado mortal, en vez de explicar por qué es necesaria para el cristiano. Maragall se lamenta de la ignorancia en que se tiene al pueblo sobre el sentido de la misa. Piensa —dice— que «los libros devocionarios que suelen ponerse en manos de la gente —los que saben leer— hay que confesar que no bastan para promover su conocimiento, y hasta hay que reconocer que a veces lo adormecen o lo extravían».

Y Maragall tenía toda la razón. En uno de los devocionarios que por entonces circulaban, y que solían regalarse para la primera comunión, se podían

ver unas láminas con los distintas fases de la misa, y unas oraciones para cada momento, preces piadosas, pero que casi no tenían nada que ver con la acción sagrada que se estaba realizando, y el autor, en el prólogo, decía algo así como: «Querido lector, yo te aseguro que si vas diciendo las oraciones que aquí pongo en los momentos indicados, se te pasará la misa que no te darás cuenta».¹⁴

A las nuevas generaciones, que no han tenido experiencia de la liturgia preconciliar, les resulta difícil imaginar aquel «oír misa», como se decía entonces y dice Maragall, expresión de una liturgia seguida pasivamente y de una religión sociológica y convencional. En los comienzos del movimiento litúrgico empezó a hablarse de «participación», y de las «misa participadas» que se celebraban sólo en algunas iglesias y en algunas ocasiones, en las que no sólo el monaguillo, sino todos los fieles, respondían al sacerdote (aunque fuera en latín). Pero por lo común, durante la misa, alguien, desde el púlpito, dirigía el rezo del santo rosario, o de la novena de turno, o el mes de María en mayo o el del Sagrado Corazón en junio. Por entonces, las monjas más piadosas y de fervor acreditado pedían permiso al confesor para comulgar cada día.

Las cofradías o congregaciones piadosas solían convocar una vez al mes una «misa de comunión general», y hasta Pío X no se recomendó a todos los fieles la comunión frecuente. Pero incluso los que entonces comulgaban no lo hacían en el momento de la comunión de la misa, sino que entonces sólo lo hacía el sacerdote, y a los fieles se les distribuía la comunión antes y después de la misa, con un rito especial, arrodillados en el llamado comulgador, aquel reclinatorio con una barandilla que separaba el presbiterio del clero de la nave de los fieles, una barandilla de la que Maragall dice que «se me antoja espesísima muralla que no deja pasar ni una chispa de aquel fuego sagrado, ni un rayo del esplendor del Santo Misterio que en el altar llamea y brilla».

Y conste que esta reivindicación que aquí hace Maragall de la liturgia en la lengua del pueblo y de la plena participación, no entraña de modo alguno una secularización del sacramento, extremo en el que actualmente se cae a veces, por desgracia.

Todo el tenor del artículo revela un profundo respeto del misterio sagrado. Maragall sueña con una liturgia en la que «se dijeran en alta voz los salmos fortísimos del comienzo [de la misa], y los fieles en su lengua natural pudieran decirlos alternando», y también que «se leyera, gritadas al pueblo, las palabras de fuego de las epístolas de San Pablo», y se proclamara el evangelio «en su divina simplicidad».

¹⁴ Citado por el famoso liturgista Jungmann, J. A. 1948. *Missarum sollemnia*: Viena: Herder.

El sacerdote tenía que pronunciar las palabras del canon o parte central y principal de la misa en latín y además debía musitarlas en voz baja, pero Maragall desearía «Que oyeran y entendieran al sacerdote que ofrece el incruento Sacrificio», cuando «el sacerdote les mostrara el Pan y el Vino temblando y haciéndoles temblar con el inagotable sentido de las palabras que lo convierten en el Cuerpo y la Sangre de Dios», de modo que «la Comunión lo fuera en todo el sentido de la Palabra».

Como ha escrito Pere Codina, aquí, para Maragall, «misa» es una sinécdoque, una metáfora que designa a la religión, al cristianismo. Aquella «iglesia», en minúscula, el edificio, representa a la «Iglesia» en mayúscula, la institución. Y en aquella iglesia-edificio en ruinas tiene la visión de una Iglesia-institución purificada. El gesto y las palabras de Jesucristo, que el pobre cura repite, le llegan con una fuerza que no había percibido en todas las misas que hasta entonces había «oído».

En la impotencia de la cruz, Jesucristo revela su omnipotencia, y en aquella iglesia quemada, la Iglesia ha de descubrir su verdadera fuerza. La desnudez de aquella misa, privada de toda la parafernalia accidental, le revela qué es lo esencial. Entonces empieza la confesión de lo que aquel día descubrió:

«Y estoy seguro de que todos los que estábamos allí, delante del Sacrificio celebrado en la pobre mesa de madera blanca, ante el crucifijo maltratado, que era todo su adorno, entre el polvo y los escombros y el viento y el sol que entraban, y sintiendo aún alrededor nuestro el rastro de destrucción y blasfemia que habían pasado por aquel mismo aire donde ahora volvía a hacerse presente el Sacrificio, lo sentíamos como si nunca lo hubiéramos sentido y nos penetraba una virtud nueva y actual, como sólo pudieran haberla experimentado los primeros cristianos perseguidos y escondidos en un rincón de las catacumbas, deleitándose mayormente entre el peligro y la negación, en la iniciación del Misterio redentor...

No debió de ser aquella misa de Maragall la temprana de las seis de la mañana, a la que asistían las sirvientas y las amas de casa modestas, que tenían mucho que hacer en casa aunque fuera fiesta, sino la de doce, la misa mayor, frecuentada por señorones endomingados y señoras casadas, y señoritas casaderas, luciendo elegantes vestidos y primorosas mantillas, que llamaban discretamente la atención con la proverbial tos de misa de doce. Maragall contempla a la gente bien del interior de la iglesia, pero a la vez piensa en el pueblo de fuera, los que no entran, que en parte podrían ser los que quemaron la iglesia, y el corazón se le va con los de fuera:

«Y entonces me asaltó el pensamiento, el sentimiento, de que la Misa siempre tendría que oírse así, y me pareció que después de ofrecer el Sacrificio el sacerdote se volvía de cara a la gente que iban entrando por el portal sin puerta, la gente de la calle que pasaban,

sorprendidos al ver al descubierto la celebración del Santo Misterio, que se detenían como hechizados, y que el sacerdote —digo— se volvía y decía, gritando, a la muchedumbre:

—Entrad, entrad, la puerta está abierta del todo: vosotros mismos os la habéis abierto con el fuego y el hierro del odio [...]. Y como la veáis cerrada, enriquecida por dentro, amparada por los ricos y los poderosos y los que venían a adormecer su corazón en la paz de las tinieblas, vosotros, con vuestra pobreza y vuestra rebelión y vuestra desesperación y vuestro odio habéis embestido su puerta, y en los muros tan firmes habéis abierto una brecha, y os la habéis reconquistado. Y a nosotros, sus ministros, nos habéis devuelto, con la persecución, la antigua dignidad [...].

El odio a Cristo ha reinstaurado a Cristo en su casa... Id entrando, id entrando, aquí lo encontraréis como todavía no lo conocíais, como Él es en vida y verdad, como Él quiere ser conocido por todos, y sobre todo por vosotros...»

Asegura Maragall que aquellas palabras estaban en el aire, que le retumbaban por dentro hasta ensordecerlo, y que cuando el sacerdote alzó la Hostia y el Cáliz, «Cristo se me hizo tan presente, tan vivo en mi corazón, que no puedo decirlo». Y martillea por tercera vez: «Yo nunca había oído una Misa como aquella». Y se atreve a añadir: «Y, en comparación, puedo decir que nunca había oído Misa».

Habla luego de que la Iglesia vive de la persecución, y fustiga la fe superficial y convencional de la mayoría de los que van a misa:

«Y he aquí vuestro mal en la Iglesia de Cristo: que buscáis en ella la paz, que entráis sin amor, que os dormís en ella, que en ella se os está muriendo la fe!

Pensadlo bien, ¿qué vais a pedirle vosotros a Cristo en su iglesia? Vais a horas fijas, con paso desmayado, a buscar quietud bajo sus bóvedas tenebrosas (y esto los que van con el corazón más puro de vanidades), a olvidar vuestras obligaciones y vuestras inquietudes, a descansar de vuestras fatigas si las tenéis, y si no, a entretener vuestros ocios, a acunar vuestra lasitud en la lenta majestad de los cantos sagrados y de las nubes olorosas del incienso, a dormir. Y ¿qué le pedís a Cristo, si es que aún os queda ánimo de pedirle algo? Le pedís paz, quietud, olvido, que aparte de vosotros la tribulación y la amargura, que os libre del remordimiento, que os dé un buen sueño.

Pues no es esta la paz de Cristo».

Dirigiéndose a los de dentro, a los que sabe poseídos a la vez del miedo por lo ocurrido y de deseos de castigo inmisericorde, jugando con el doble sentido de «iglesia» en minúscula, el edificio, y en mayúscula, la Iglesia institución, prosigue con unas palabras que yo me las imagino dirigidas en 1939 a los vencedores de la guerra civil, en aquel clima de reconstrucción de templos destruidos, pero a la vez de represión:

«No se la volváis a quitar [la iglesia, a los pobres] reedificándola; no queráis levantarle paredes más fuertes, ni la bóveda mejor cerrada, ni le pongáis puertas mejor forradas

de hierro, que no estriba en esto su mejor defensa... y volveríais a dormiros en ella; ni tampoco pidáis más protección del Estado para ella, que demasiado parecía ya una oficina a los ojos del pueblo, ni queráis mucho dinero de los ricos para rehacerla, que los pobres no puedan pensar que es cosa del otro bando y reciban con recelo el beneficio. Que se la rehagan ellos si la quieren: así podrá ser a su modo, y sólo así la amarán [...].

Dejadla tal como ahora está, ahumada, caída, miserable, abandonada de los ricos que no encontrarán en ella su comodidad, abandonada del Estado, que os la defendía interesadamente o de mala gana [...], que os vean sufrir, que os vean morir con el pan divino en las manos... y los pobres vendrán, no lo dudéis [...], primero por mofa, después con curiosidad, con interés, con admiración, y cuando los tengáis allí, decidles llanamente la palabra santa, claramente para sus oídos, tal como fue dicha, justamente para oídos como los suyos; dadles el Pan y el Vino de la Eucaristía con el gesto sencillo con que Jesús debió darlo, y decidle sus mismas palabras... y los pobres os reharán la iglesia, yo os lo aseguro».

Hay que situar en aquellos mismos días la «*Oda nova a Barcelona*» del mismo Maragall. La había empezado a escribir el 4 de febrero de aquel año 1909, pero la interrumpió bruscamente y no la reemprendió hasta después de la Semana Trágica y de sus tres artículos. No saldría publicada hasta 1911. Siempre se recuerda el feliz final: «*Barcelona nostra! La gran encisera*» («¡Barcelona nuestra! ¡La gran hechicera!»), pero antes le ha dirigido duros reproches, que son como un eco de «*La iglesia cremada*»:

Tú presumes y te envuelves a la vez
con manto de monja y vestido de señora
y velo de la musa y fuego reluciente;
Pero te mudas rápida, y con gran osadía
la musa y la ninfa y la dama y la pía
se arranca el postizo y la voz disfrazada
y sale la verdulera endiablada
que persigue a la monja y le quema el convento...
Y después lo rehaces potente!

«No se lo quitéis [el templo, al pueblo] al reedificarlo», había dicho en «*La iglesia cremada*».

Hay en esta oda a Barcelona un contraste macabro entre el cielo azul y la alegría ciudadana, y la sangre derramada en las calles por los atentados anarquistas y las luchas entre los pistoleros del sindicato único y los del llamado sindicato libre, títeres de la patronal. Hay una alusión inequívoca a los fusilamientos de Montjuïc:

Estalla la muerte de tus vías sonrientes
en el aire suave:
estalla impensada, y segura y traidora
como otra carcajada escarnecedora...

Carcajadas de sangre!
 El fango de tus calles, oh Barcelona!
 se ha amasado con sangre.
 Y tienes, enhiesta en el mar la montaña, ¡ay! Que venga
 con su castillo en la cumbre, y con la venganza
 ¡ay, en su ladera!

Otro contraste: el de las alegres Ramblas y, al otro lado, el Arrabal, el *Raval*, el barrio del vicio y de los pobres:

Tienes esta Rambla que es una hermosura...
 Y tienes la dulzura de tus arrabales [...].
 Y allí, a cuatro pasos, sobradamente febril,
 más ancha que la otra, la Rambla de los pobres
 agita en la oscuridad sus luces infernales.

Pero es su ciudad, y la ama a pesar de todos sus defectos, y por eso acaba diciendo:

Tal como eres, tal te quiero, ciudad mala [...].
 ¡Barcelona! Y con tus pecados, ¡nuestra! ¡Nuestra!
 ¡Barcelona nuestra! ¡La gran hechicera!

«AH! BARCELONA...»

El impacto de aquella misa en la iglesia quemada fue ya la raíz del primer artículo, «*Ah! Barcelona...*», publicado el 1º de octubre. Es el menos conocido y comentado de los tres, pero Maragall ya toma en él la posición que adoptará en los dos siguientes.

La sacudida fue muy fuerte, pero Maragall entiende que, pasados casi dos meses, más allá de lamentar lo ocurrido, hay que buscar la causa y el remedio. Maragall descarta sucesivamente varias explicaciones.

La primera sería «el pretexto, lo que pareció la causa inmediata»: la guerra. La chispa había sido la guerra de Marruecos. Parecería comprensible levantarse «contra el poder que arranca del hogar al hijo o al padre para llevarlo a morir por una causa que puede ser justa y noble dentro de una razón hondamente nacional o diplomática, pero que resulta remota para la comprensión del pueblo [...] y el pueblo se le resiste, se rebela [...]. Pero, ¿qué tienen que ver con esto los incendios y las profanaciones y las rapiñas y el asesinar gente indefensa o insultarlos, y destruir instituciones de caridad y de enseñanza, y templos que nada ofenden, y obstinarse después en una estéril alarma?»

Descartada esta primera explicación, pasa a una segunda: Habría sido «la revolución premeditada por un partido político que aprovecha un estado de agitación cualquiera para injertar en él su ideal». Pero en este supuesto, en vez de incendios y saqueos, «otras masas armadas habrían aparecido; otros hombres se habrían puesto al frente; otros gritos habrían sonado; otra organización se habría descubierto en la revolución. ¿Me queréis dar a entender que el ideal de algún partido político se reduzca a quemar conventos, su organización a pegar escopetazos desde detrás de las ventanas? No os puedo creer.»

Pasa entonces a refutar una tercera opinión, nada menos que la de su tan respetado obispo Torras i Bages, según el cual habría sido cosa diabólica:

«Entonces nos encontramos de lleno con la Pastoral del señor Obispo de Vic, que de esto trata: Satanás contra Dios, el Principio del Mal contra la Redención, el Odio contra el Amor. Y el remedio de esto, sencillo y sublime: abrazarse a la Cruz, sufrir el martirio como una gloria, devolver bien por mal, amor por odio, vencer simplemente por el ejemplo de la suavidad en el vivir, y de la fortaleza en el morir».

Maragall no quiere polemizar con el gran obispo. No refuta el fondo de su tesis. Se limita a objetar que el remedio que aquel propone, lo de presentar la otra mejilla, es inaplicable, porque requeriría un heroísmo y un valor del que la sociedad barcelonesa ha demostrado que carece. Si tuvieran aquella virtud heroica, de otro modo habrían actuado: «Y que no hayamos dado señales ni siquiera de aquella valentía que precisa para portarse como hombres entre hombres, nos acusa de sobras la falta de lo que se precisa para portarse como santos entre diablos».

Y que no se diga que los que hacen el daño son forasteros, «porque entonces tendría que decirnos que mayor infamia que en hacerlo, está en sufrirlo». ¿Será entonces una cuestión de educación y de policía, en definitiva del Estado? Entonces la solución sería irnos a vivir al Rif, o a un país más civilizado.

Ante lo sucedido en aquella semana, Maragall no hace reproches ni acusaciones a los autores de los incendios y asesinatos cometidos, que tanto horror y exigencia de castigo despertaron en la sociedad catalana y en la española.

En este primer artículo sus reproches se dirigen a la burguesía y a las clases dirigentes. Descubre la raíz de lo sucedido en la insolidaridad que corroe la gran ciudad: «¿Es que no veis que lo que nos falta es amor?». Y la falta de amor que denuncia no es que los incendiarios no amen a los ricos, sino en que los ricos no aman a los pobres, incluidos los incendiarios. Parece haber tenido Maragall una visión profética de lo que ocurrirá treinta años más tarde, con la revolución desencadenada por el alzamiento militar:

«Cataluña, Barcelona, has de sufrir mucho, si quieres salvarte. Has de aceptar las bombas, y el luto, y los robos, y el incendio: la guerra, la pobreza, la humillación, y

las lágrimas, muchas lágrimas, hasta que del fondo de tu sollozo salte la chispa que te incendie el corazón en un amor cualquiera yo no sé ahora cuál, pero si es amor, todos son iguales [...]. Busca el amor en tu dolor, ah Barcelona».

Ya desde el título «*Ah! Barcelona...*», este primer artículo nos recuerda los ayes de los oráculos de amenazas de los profetas de Israel contra las ciudades pecadoras, o el llanto de Jesús por Jerusalén (Lc 19,41-43). Como uno de aquellos profetas bíblicos, el burgués Maragall proclama que, a pesar de la apariencia de prosperidad, la ciudad va al desastre si no se convierte al amor solidario, y entonces — dice — «...al mirar Barcelona desierta, Cataluña desolada, cualquier viajero podría decir: Aquí hubo tal vez una gran población, pero ciertamente no ha habido jamás un pueblo».

Si ahora niega que haya propiamente un pueblo, dos años antes había sostenido con entusiasmo todo lo contrario. Fue en el artículo «*L'alçament*» («El alzamiento»), publicado en *La Veu de Catalunya* el 13 de abril de 1907, que hace buena pareja con «*La iglesia cremada*». Son los dos mejores artículos periodísticos de Maragall, se pueden poner en paralelo y se completan el uno al otro.

Aquel año 1906 se había producido el movimiento popular de la *Solidaritat catalana*, y el mismo año había publicado Prat de la Riba su histórico libro *La nacionalitat catalana*, con la primera gran formulación doctrinal del catalanismo. Después del asalto y quema de la redacción de la revista humorística el *Cu-cut!* y del diario *La Veu de Catalunya*, el 25 de noviembre de 1905, por una viñeta ingenua de Junceda que se burlaba del ejército español, el gobierno, atemorizado por el ejército, no sólo no castigó a los militares incendiarios sino que promulgó la Ley de Jurisdicciones, que reservaba a la competencia de los tribunales castrenses todo lo que afectara al honor del ejército o a la unidad de España.

En reacción, se creó una candidatura de unidad catalana que abrazaba a carlistas, Lliga Regionalista, Centre Nacionalista Republicà, Unió Catalanista, republicanos federales y parte de la Unió Republicana. Sólo quedaron fuera los monárquicos centralistas por la derecha y los republicanos lerrouxistas por la izquierda. La manifestación a favor de la candidatura de *Solidaritat Catalana* había sido la más multitudinaria que jamás se hubiera visto en Barcelona, pero, como suele ocurrir en circunstancias parecidas, había provocado reacciones españolistas.

Antonio Maura, presidente del gobierno, comentó que no eran más que *un montón*, y un candidato centralista llegó a decir: «si no gano por los votos, ganaré por los máusers». Fue entonces, el 13 de abril de 1907, cuando Joan Maragall publicó *L'alçament*. Empezaba así:

«Ven a verlo, me ha dicho el amigo; es algo que no se ha visto nunca ni tal vez volverá a verse nunca más. La gente va de pueblo en pueblo en grandes grupos; los del campo acuden a los pueblos con las mujeres y los hijos; los de los rincones de la montaña lo oyen decir y también quieren tener parte: todo el mundo quiere la palabra redentora; y los que tienen el don de vibrarla vivamente van de pueblo en pueblo deseados como los que obran milagros, recibidos como triunfadores, escuchados como apóstoles y convirtiendo a muchedumbres en peso, lo mismo que hacían los taumaturgos de la Edad Media [...]. Yo los he visto llorar... ¡Ven a verlo!»

A continuación aplica Maragall a la consigna «solidaridad» su teoría literaria de «la palabra viva»:

«¡Solidaridad! Esta palabra inventada Dios sabe cómo y después tan traída y llevada por los periódicos y tan mal hablada por los que no sabían o no querían entenderla, ahora ha tomado su verdadero sentido al ponerla en contacto con el pueblo que llevaba en el alma su secreto. Y cuando una palabra toma su verdadero sentido, el popular, cuando se vuelve viva, entonces es cuando obra la potencia creadora del verbo, el fiat divino, y no hay potencia humana que la pare».

No la pararán ni a tiros:

«Supongamos que un candidato centralista haya dicho: si no gano por los votos, ganaré por los máusers. ¡Ay! ¡Desgraciado! Los máusers horadan paredes, horadan hombres, matan hombres; pero ¿dónde has visto alguna vez que una bala de fusil mate una palabra? Al contrario: las palabras viven de eso; y toman de eso un incremento; la sangre derramada les da tal realidad, que ¡pobre del que se encuentre frente a una palabra ensangrentada! [...]. Solidaridad es la tierra, ¿lo has oído? Es la tierra que se alza en sus hombres».

Y terminaba con este grito: «No es un *montón*, señor Maura y compañía. ¿Es que no lo ve? Es un alzamiento...»

El 21 de abril de 1907 los candidatos de la Solidaridad alcanzaron una gran victoria en toda Cataluña: 41 de las 44 actas.

Si he recordado con algún detenimiento el artículo *L'alçament* es porque Joan Maragall, que en 1907 cantaba en él con entusiasmo la entidad del pueblo catalán, dos años después, viendo la reacción mezquina después de la Semana Trágica, cree que no es un pueblo, sino sólo una población.

Lamenta, desde luego, las muertes y los incendios de aquellos días, pero encuentra más grave aún la reacción de la burguesía exigiendo un castigo riguroso para los revolucionarios. La «falta de amor» que ahora denuncia venía de lejos, pero se ha puesto de manifiesto después de sofocados los alborotos. El artículo «*L'alçament*» era un canto a la solidaridad; «*Ah! Barcelona...*» es una lamentación por la insolidaridad.

Las derechas catalanas, aterrorizadas por los disturbios y temerosas de que se repitiesen, se divorciaron de las izquierdas y formaron piña, catalanistas y españolistas, para exigir una represión ejemplar y disuasoria. Es, en parte, y pese a importantes diferencias, lo que sucedería en 1936 y en 1939: catalanistas de derechas de toda la vida, ante aquel aquelarre revolucionario que era una Semana Trágica, elevada a la enésima potencia, olvidaron su catalanismo y, pensando que lo primero es la vida, y lo segundo la propiedad, se adhirieron, al menos de momento, a aquel otro alzamiento.

«LA CIUTAT DEL PERDÓ»

Llegamos al segundo artículo. Maragall sabía sobradamente que todo el entorno en el que se movía se le echaría encima en cuanto dijera públicamente lo que pensaba. Aunque lo tenía muy claro, deja pasar dos meses y medio hasta que el 1º de octubre publica «*Ah! Barcelona...*» No le entienden. O tal vez lo entienden demasiado. Silencio. Maragall gozaba de un gran prestigio y nadie se atreve a criticarlo en público, ni a decírselo a la cara, pero los comentarios que le llegan son terribles y le causan gran sufrimiento.

Pero han empezado los consejos de guerra y los fusilamientos, y la conciencia le exige clamar contra la pena de muerte, no sólo la de tal o cual reo, sino contra toda pena de muerte, y escribe el segundo artículo, *La ciutat del perdó*, que Prat de la Riba vetará, y sólo se podrá leer muchos años más tarde.

Maragall retoma en este artículo lo que había adelantado en «*Ah! Barcelona...*» sobre la falta de amor, y pregunta quién es el que tiene derecho a ser amado. Y responde: «El que el corazón os diga en cada momento». Sus interlocutores alegrarán tal vez que el corazón no les dice a quién han de amar, y es esta insensibilidad general ante las ejecuciones lo que le dicta unas patéticas palabras que muy bien podrían hacer suyas los movimientos actuales contra la pena de muerte:

«¿El corazón no os dice nada, ahora, mientras están fusilando gente en Montjuïc sólo porque en ellos se manifestó con más claridad este mal que es el de todos nosotros? [...]. ¿Cómo podéis estar así tranquilos en vuestra casa y en vuestros negocios sabiendo que un día, al buen solecito de la mañana, allá arriba de Montjuïc, sacarán del castillo a un hombre atado, y lo pasearán ante el cielo y el mundo y el mar, y el puerto que trafica y la ciudad que se levanta indiferente, y poco a poco, muy poco a poco, para que no se tenga que esperar, lo llevarán a un rincón del foso, y allí, cuando le toque la hora, aquel hombre, aquella obra magna de Dios en cuerpo y alma, vivo, en todas sus potencias y sentidos, con este mismo afán de vida que tenéis vosotros, se arrodillará de cara a un muro y le meterán cuatro balas en la cabeza, y él dará un salto y caerá muerto como un conejo... él, que era un hombre, tan hombre como vosotros... quizás más que vosotros?»

Maragall no propugna la impunidad: «A este hombre, yo no digo que se le deje suelto y se lo abandone y se deje que vuelva a su odio y a sus fechorías. Se lo ha de encarcelar, pero no por venganza, ni para escarmiento, sino para rehabilitarlo».

Un duro reproche que dirige a la burguesía barcelonesa es que fueron cobardes en los días de la revolución y no se enfrentaron a los incendiarios, y ahora, con el ejército a su lado, se sienten valientes en la represión:

«Si a este hombre lo hubierais muerto batiéndoos como leones con él al pie de una barricada o a la puerta de una iglesia, yo no os podría hacer ningún reproche por ello, porque en aquel combate habríais demostrado vuestro amor a algo, exponiendo vuestra vida por vuestro ideal; y por el amor de un ideal y su valentía podemos ser absueltos de muchas cosas. ¿Pero ahora, quién os absuelve? ¿Dónde está vuestro ideal, vuestro amor y vuestro sacrificio? ¿Dónde habéis demostrado vuestro valor? Entonces, no queráis ser cobardes dos veces. Si entonces vuestro valor tenía que estar en las armas, y no lo tuvisteis, tenedlo al menos ahora en el perdón, que ya es hora».

Más aún. No es ya que los ciudadanos tendrían que perdonar e implorar de las autoridades el perdón de los condenados; es que son ellos, los ciudadanos que se tienen por honrados, los que tendrían que pedir perdón: «Id a pedir perdón para ellos a la justicia humana, porque eso será pedirlo para vosotros mismos a la divina, ante la que sois tal vez más culpables que ellos». No sólo tienen que pedir perdón, sino que es urgente que lo hagan: «Y mientras tanto, ya han muerto así tres hombres, y los que esperan...!» ¿Puede que algunos ciudadanos ricos hayan sufrido mucho aquellos días? Pues que sean los primeros. Termina: «Y hermosa cosa fuera que empezaran los más ofendidos».

Pla no aprueba que un burgués como Maragall adopte semejante actitud. Porque para Josep Pla, que presumía de su ancestro campesino pero era un burgués, Maragall no debería renegar de la burguesía, que es la clase social a la que pertenece:

«Maragall fue un burgués, un burgués de la gran época de la burguesía, muy inteligente y muy sensible – no el hombre de una clase en estado de naufragio, como es la burguesía de hoy, sino el hombre de una clase situada en su gran momento, en el momento de la seguridad y de la solidez, de la amplitud humana auténtica. Al hablar de Maragall no se ha de perder nunca de vista, a mi modesto entender, que fue un hombre de antes de la primera guerra mundial, es decir, de antes de la gran crisis de la burguesía como clase».

Con sus tres artículos Maragall, según Pla, ha apostatado de la clase a la que pertenece y a la que se debe. Por esto da la razón a Prat de la Riba cuando prohibió *La ciutat del perdó*:

«En el momento de la Semana Trágica, Prat, que sólo hacía dos años que era presidente de la Diputación de Barcelona, estaba produciendo una obra tan considerable y tenía tantas cosas que realizar, con una pobreza de medios enorme y en medio de todas las dificultades, que es perfectamente natural que considerara la revolución de 1909 como un tropiezo insoportable. Se puede perfectamente imaginar la opinión que a Prat, hombre cultísimo, le mereció la primaria frivolidad meramente destructora de Ferrer Guardia y sus amigos. Por otra parte, Prat era un político, y por lo tanto tenía que trabajar con lo que tenía a mano. La paz en el trabajo —en el trabajo de formación del Museo, de la Biblioteca, del Institut d'Estudis Catalans, de las Escuelas, de la reforma ortográfica y de la vida del país en general— que Maura le aseguraba, tenía normalmente que dejarlo satisfecho. [...]»

Ante este contraste se ha de formular un juicio de valor destinado a ver qué era más importante: la obra de Prat o la bullanga siniestra de la Semana Trágica. Ahora bien: para mí, el juicio de valor es clarísimo: era mucho más digna de respeto la obra que Prat realizaba. En este sentido la censura y la prohibición del artículo *La ciutat del perdó* no sólo es lógica, sino que es de una ineluctabilidad vigente en toda situación política.¹⁵

Cualquier otro, ante la prohibición de su artículo «*La ciutat del perdó*» por parte de su respetado Prat de la Riba, habría pensado que no había nada que hacer y se habría callado, pero es precisamente entonces cuando Maragall escribe el más sentido de sus tres artículos, el de «*La iglesia cremada*», que proclama a los cuatro vientos por qué había escrito los dos primeros, tanto el publicado como el prohibido: por la experiencia mística de aquella misa, como la cual nunca había oído otra.

¿Cómo debieron de ser sus misas, después de aquella, inolvidable, en la iglesia quemada? A la experiencia religiosa de aquella misa siguió la experiencia dolorosa de la incompreensión social. «*La iglesia cremada*» nació con dolores de parto y sufriría complicaciones postparto. A pesar de los recortes, causó escándalo. Maragall escribía a Unamuno: «Últimamente (hace doce o quince días) publiqué un artículo, 'la Iglesia cremada' (en *La Veu*) que escandalizó a muchos porque daba la razón —según decían— a los revoltosos de julio».

Es tradición de algunos familiares de Joan Maragall que si falleció apenas dos años más tarde —el 30 de diciembre de 2011 se cumplieron cien años— fue por la tristeza que le produjo la reacción de su entorno al artículo «*La iglesia cremada*».

BIBLIOGRAFÍA

Benet, J. 1963. *Maragall i la Setmana Tràgica*: Barcelona Institut d'Estudis Catalans. Memòries de la Secció Històrico-Arqueològica, vol. XXIII.

¹⁵ Pla, J. 1968. *Obra completa*, Barcelona: Destino, vol. 10 174.

Corts Blay, R. 2009. *La Setmana Tràgica de 1909: l'Arxiu Secret del Vaticà*: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

Costa, J. 1902. *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*: Madrid: Hijos de M. G. Hernández.

Domínguez Álvarez, A. 2009. *La Setmana Tràgica de Barcelona, 1909*: Valls: Cossetània.

Gomá I. 1940. *Por Dios y por España*. Barcelona: Casullera

Jungmann, J. A. 1948. *Missarum sollemnia*:: Viena: Herder.

Martínez Fiol, D. 2009. *La Setmana Tràgica, explicada per* – Barcelona: Pòrtic.

Moliner Prada, A. (ed.) 2009. *La semana trágica de Cataluña*: Alella: Nabra.

Montero Moreno, A. 1961: *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos

Moreta, I. 2009. *La setmana tràgica: tres articles*: Barcelona: Fragmenta

Pla, J. 1968. *Obra completa*, Barcelona: Destino: vol. 10: 174.

Raguer i Suñer, H.: 2009. *La Setmana Tràgica: tres articles de Joan Maragall*: Barcelona: Claret.

Termes, J. (ed.) 2010. *Els fets de la Setmana Tràgica (1909): actes de les jornades organitzades pel CHHC, 28 i 29 de maig de 2009*: Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament de Vicepresidència.

Ullmann, J. C. 1968. *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*: Barcelona: Ariel.

Vicens i Vives, J. – Llorens, M: 1958: *Industrials i polítics del segle XX*: 295 Barcelona: Teide.